



1998

*D. José Antonio Egea Sandoval*

Sr. Cura párroco y Consiliario  
Sr. Presidente del Cabildo Superior de Cofradías  
Señoras y señores Presidentes de Cofradías.  
Sr. Alcalde.  
Sra. Concejala de Cultura  
Sr. Representante del Nazareno del Año.  
Señoras y Señores,

Es para mí un orgullo, y una responsabilidad, ser el pregonero de nuestra Semana Santa, a petición del Cabildo Superior de Cofradías, hecho, que agradezco de antemano por la confianza depositada en mí.

Los distintos oradores que me precedieron como pregoneros, estuvieron a la altura de las circunstancias que requiere esta solemne ocasión de exaltación de la Semana Santa, haciendo posible, año tras año, institucionalizar este acto, como prólogo de los desfiles pasionarios torreños.

Sé muy bien que la narración no es mi fuerte, pero espero no defraudarles y sepan disculpar los fallos que haya tenido a la hora de realizar este pregón.

Mi cargo de directivo, en la Cofradía de Nuestro Padre Jesús, y ante todo ser nazareno morado prácticamente desde mi infancia, han hecho posible ver y sentir la Semana Santa, desde un punto de vista, que quizá el profano no pueda comprender.

La iglesia Católica, año tras año, y durante un periodo relativamente corto, que va desde los últimos días de diciembre hasta la primera luna de primavera, viene desarrollando litúrgicamente, la vida de Jesús de Nazaret. Este periodo, que para mí comienza con la realización del Belén, (que todos vosotros conocéis) en el cual vemos reflejada la natividad e infancia del niño Dios y termina con la celebración de la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo, representada en las distintas procesiones que recorren las calles de nuestro pueblo, ha hecho posible que la vida de Jesús de Nazaret, forme parte de mi vida religiosa, así como la de todos los que nos encontramos aquí reunidos, avivando la consciencia de pertenencia a la Iglesia Católica.

En nuestra sociedad tecnológica y productiva, la expresión pública y festiva de la fe, sigue teniendo los efectos de una catequesis plástica; interpretando los hechos, conociendo su realidad e identificándonos con sus protagonistas, aceptando que estamos presenciando algo verdaderamente humano y con mucho proyección de lo divino. Esta religiosidad popular es algo más que una manifestación folclórica pasajera, evidencia una capacidad de persistencia en ambientes muy diversos e incluso hostiles. Este hecho parece quitar la razón a quien quiere reducir lo religioso al ámbito de lo privado.

Que la celebración de la Semana Santa, se asocie con la mayor pertenencia a la religión católica es algo que hemos comprendido quizá inconscientemente los cientos de cofradías y hermandades pasionarias existentes hoy en día, cuidando de que las procesiones sean una conmemoración religiosa y una tradición heredada que no se debe, ni puede olvidar.

El significado de los desfiles de la Semana Santa y su arte trasciende el ámbito de lo religioso. Su

arraigo en la vida local, aunque tiene como fondo y razón la conmemoración de la Pasión de Cristo, sobrepasa el acto piadoso, fundiéndose con tradiciones de origen remoto con fiestas estacionales. En la sociedad laica actual, a pesar, de que una gran parte de las personas han abandonado la practica formal de las creencias, en la Semana Santa, la población se vuelve a reunir, participando en ceremonias religiosas, y la calle, como en tiempos remotos se convierte en una Vía Sacra. La Semana Santa consiste en una reactualización de un acontecimiento histórico, que tuvo lugar en el pasado, y precisamente por ello es un tiempo sagrado, repetible de manera infinita, no sometido a la duración de lo cotidiano. Representa un lapsus y un retorno a las raíces y en cierto grado una vuelta a lo esencial, a lo que hay de permanente en la tradición de los pueblos.

El sentido polivalente de estas solemnidades es fundamental para entender la imaginería pasionaria, sometida a distintas condiciones afirmadas en las viejas tradiciones y a la crítica y aceptación del pueblo. Las imágenes son el eje central de las procesiones, ellas atraen la devoción, ante ellas se grita, y se canta, y sólo unos pocos tienen el privilegio de llevarlas sobre sus hombros.

Es esencial entender, que la escultura procesional, como parte del engranaje litúrgico de la procesión, está sometida a unas reglas muy claras.

- En primer lugar, su iconografía ha de estar inspirada en un hecho de la pasión, y si se trata de una Virgen, casi siempre se la concibe en un momento de dolor, siendo elementos primordiales la expresión y el realismo patético.

- Otro aspecto a considerar es que los conjuntos escultóricos están concebidos para ser vistos desde todos los ángulos. En realidad son esculturas para la calle, para ser contempladas según avanzan progresivamente desde la distancia de un espectador inmóvil que sólo obtiene una visión fugaz e instantánea. Ha de impresionar por su drama o por su emotividad, de ahí la importancia de las proporciones de las figuras y del trono.

- Y por último, la primera condición que ha de tener presente el autor de una obra antes de presentar el boceto, es que ha de gustar al espectador, pues de lo contrario, éste, lo bautizará con un apodo no siempre agradable y respetuoso, aunque a veces estos apodos bautizará con un apodo no siempre agradable y respetuoso, aunque a veces estos apodos suelen ser cariñosos, como a la Entrada de Jesús en Jerusalén se le dice la borrica, nombre aplicado frecuentemente a esta advocación del Domingo de Ramos.

Es evidente que la crítica popular está presente en el horizonte de todo encargo, tanto para las cofradías, como para los artistas. Este fenómeno ha actuado en una doble vertiente. En un aspecto ha supuesto una exigencia para los escultores, pero también ha creado un cierto miedo a la novedad, y tanto los cofrades como los imagineros han preferido muchas veces ajustarse a los modelos tradicionales.

Esta servidumbre del pasado es, pues, lo que nos ha pesado sobre las posibilidades creadoras. Es cierto que la imagen procesional ha de responder a un pasaje de la Pasión y ser lo suficientemente realista y expresiva como para no crear ambigüedades, pero tal condición objetiva en tiempos recientes a veces ha sido refugio de la mediocridad.

La vocación pasionaria de Las Torres de Cotillas, data de las mismas raíces primigenias del pueblo, allá por el S. XVII, pero los desmanes de la Guerra civil se encargaron de reducir las cenizas todas la imaginería existente en esta parroquia.

Una vez terminada la contienda y ante una demanda real y urgente por parte de la población para sustituir las imágenes perdidas, y recuperar su historia, comenzaron a llegar, a este templo de la Virgen de la Salceda varias imágenes durante la década de los cuarenta como fueron:

- La Virgen de los Dolores, es una bella talla del escultor murciano Juan González Moreno que rompió con los cánones tradicionales del barroco, centrando su trabajo en concepciones eminentemente clásicas y austeras características de los maestros italianos del Renacimiento.
- Las imágenes de San Juan Evangelista y Nuestro Padre Jesús Nazareno, dos magníficas tallas de escultores para nosotros desconocidos, pero que tuvieron que ser grandes conocedores de la imaginería pasionaria para saber plasmar con realismo, esos rostros tan expresivos.

A finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, llegaron a la parroquia dos nuevas adquisiciones, como fueron.

- Las imágenes del Santísimo Cristo Crucificado y del Santísimo Cristo Yacente, ambas realizadas en los talleres de Olot en Gerona.

Esas cinco imágenes serían el germen de las nuevas Cofradías, como actualmente las conocemos, a las cuales se les irían añadiendo nuevas adquisiciones por parte de nuevas cofradías que se irían formando, como sería el caso de la Santa mujer Verónica, comprada en los talleres de Flandes en la década de los sesenta.

Tras un breve paréntesis de unos años en los cuales la situación de los desfiles procesionales estuvo en una situación crítica, sería en los años setenta cuando de nuevo renacerían con gran ímpetu, creándose nuevas hermandades que adquirirían nuevas imágenes que engrosarían el patrimonio artístico de los torreños. Así durante los años ochenta se fundan dos nuevas Cofradías.

- La Cofradía de Nuestra Señora de la Piedad, que adquiere su talla titular en los talleres de Santa Rufina, Madrid.
- La Cofradía de Cristo Resucitado y San Pedro, cuyas tallas titulares fueron realizadas por el escultor murciano anteriormente citado Antonio García Mengual.

A las cuales hay que añadir.

- La Virgen del Amor Hermoso para la Cofradía de la Virgen de los Dolores, y el Ángel Victorioso, para la Cofradía del Cristo Crucificado, ambas realizadas por el escultor anteriormente citado Antonio García Mengual.

Durante estos años ochenta la Cofradía de la Santa Mujer Verónica, haciendo una gran inversión económica, adquiriría el Santísimo Cristo de la Caída para procesionar junto a la Santa Mujer Verónica y las imágenes de María Magdalena y la imagen de Jesús resucitado en su aparición a esta último. Todas estas bellas tallas fueron realizadas por el escultor murciano Francisco Liza Alarcón.

Ya en 1990, se funda la última de las cofradías, hasta formar un total de ocho, que actualmente forman el Cabildo Superior de Cofradías y que sería la Cofradía del Santísimo Cristo de la Flagelación, la cual adquiere la imagen titular, bellísima talla realizada por el escultor murciano José Hernández Navarro.

En estos últimos años, las cofradías torreñas ante la demanda de sus gentes, han hecho un gran esfuerzo monetario entre sus cofrades, para adquirir nuevas imágenes que procesionan:

- Domingo de Ramos, como es la entrada de Cristo en Jerusalén a lomos de una borrica, por parte de la Cofradía de San Juan Evangelista realizada en los talleres de Olot en Gerona. Y Domingo de Resurrección:
- Los Discípulos de Emaús, realizada por el escultor jumillano Manuel Espiteri, para la Cofradía de Nuestra Señora de la Piedad.
- María Salomé, realizada por José Hernández Navarro para la Cofradía de la Flagelación.
- Y, por último, la magnífica talla de la Ascensión de Cristo, obra pionera dentro de la imaginería pasionaria, salida de las manos del magnífico escultor murciano José Hernández Navarro, para la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno.

Toda esta serie de imágenes pasionarias, forman el importante y variado patrimonio artístico de los torreños, algunas auténticas y espléndidas obras de arte, y otras no tanto, pero que llegan a tener una cierta aceptación entre el público. Realmente las Cofradías estamos desarrollando una labor considerable, como auténticos patronos y patrocinadores de arte. Pero a la hora de adquirir nuevas imágenes, así como las posibles restauraciones, de las ya existentes, deberíamos reflexionar y meditar pausadamente, pues ante todo debe prevalecer la belleza y el valor artístico que tendrán en un futuro y que en su día dejaremos a nuestros sucesores como legado.

Como podemos observar, las Cofradías están desarrollando una labor considerable, como auténticos patronos y patrocinadores del arte, confiando en los grandes escultores murcianos unas imágenes, que se han atenido a las fuentes de inspiración de los relatos evangélicos y al contenido narrativo cronológicamente ordenador del drama pasionario.

La Semana Santa, como tiempo de penitencia y reflexión ante el hecho religioso en sus misterios cristianos, hace posible que la figura del nazareno, sea la otra pieza fundamental de las procesiones y como tal tenga una misión perfectamente definida: el nazareno está llamado a enseñar en la calle, mediante imágenes, los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, nada más y nada menos que esto, predicando al mismo tiempo con su penitencia.

Tras el leve antifaz del capirote, el nazareno se aísla del mundo exterior, y solo manifiesta su identidad, a través de sus ojos y sus actitudes.

Cuando observamos con detenimiento una larga fila de penitentes, sea cual sea su color, se pueden adivinar toda una serie de condicionamientos, toda una larga teoría que justifica el ¿Por qué se visten de nazareno?. En lenguaje teológico se revisten de Cristo, pero existen multitud de causas:

- Unos lo harán por tradición familiar, en memoria de su padre, ó abuelo que la precedieron en las Cofradía.

- Otros por ese sentido de penitencia que muy adentro anida en nosotros y nos lleva a satisfacer deudas espirituales pasadas o presentes.

- Otros por el sentido de gratitud a Dios por los beneficios recibidos, e incluso por ese voto formulado en momentos de agobio.

Hay que admirar hasta el hecho de "salir de nazareno" en sentido noblemente festivo, o porque pudiera parecer oportuno hacerlo en aquella Cofradía que siente aprecio.

¡Sabe Dios cuál será la motivación!

Nadie sabe cómo, ni dónde, pero es cierto que ese nazareno, será otro cuando se desprenda de la túnica, aunque la haya llevado indignamente, y uno de dos, o no se "vestirá" más o llevará esa túnica cada Semana Santa" hasta que sus fuerzas le acompañen.

Estamos inmersos en un ritmo de vida trepidante que nos aturde y nos embota, y el salir de nazareno, esas pocas o muchas horas de penitencia (en medio de un mundo que no quiere hacerla) nos origina un tremendo cansancio, pero nos proporciona un oasis de paz. El entorno sólo nos llega por los leves orificios del capirote, todo se ve con distinta perspectiva; aunque la Cofradía lleve música, aunque el ambiente sea alegre y todo parezca predisponer a otras actitudes, el sentido penitente se impondrá por mucho o por poco tiempo en quién así se reviste.

Cuando regrese a su casa, roto, deshecho, con cansancio hasta la médula, y a veces con el condicionamiento de que será el último año, porque ya no será capaz de aguantar otro más, en esa túnica arrugada, manchada de cera y barro, habrá arrinconado al "hombre viejo" y habrá surgido en él un "hombre nuevo". Habrá hecho penitencia por el mismo, por sus seres más queridos, pero

también, aunque no lo haya pensado siquiera, por el indiferente del barrio, por aquel otro que se declara agnóstico, por aquel que abiertamente combate a Cristo. La penitencia será por todos, de ahí que las Cofradías año tras año vengán saliendo, y ese sentido de subsidio colectivo sea una profunda razón de pervivencia.

Ese sentido penitencial equipara a todas las Cofradías, pero en lo externo ¿Son todas iguales? ¡Qué va! Eso parece al profano, pero si te paras, miras y ves, cada una tiene su peculiaridad y estilo.

Existe toda una serie de razones que las diferencia y enaltecen:

- el hábito nazareno, sea negro, verde, morado, rojo o cualquier otro color.
- el acompañamiento, silencio riguroso o música característica.
- portapasos austeros o extrovertidos en sus sentimientos.
- golpes de llamador secos, bien diferenciados o precedidos por el parlamento de su cabo de andas que hace sacar fuerzas de flaqueza.
- cadencia en el andar del trono, con una gracia especial, que transmite al público que arroja a las Cofradías.
- sandalias fraileñas, zapatos o zapatillas, se calzan unos y otros cofrades, denotando diferencias de estilo de cada Cofradía.
- cíngulos de cuerda de pita, cordones de seda o anchos cinturones de raso, son exigencias de atuendo de cada corporación nazarena.

Todo este conjunto de mil y un detalles condicionan e identifican un sentir penitente colectivo.

Pudiera parecer que entre las ocho Cofradías existiera eso que hemos dado en llamar rivalidad, competencia, o pique. Somos testigos de excepción de la confraternidad existente entre ellas, ambiente de amistad y colaboración que constituyen el mejor testimonio de hermandad entre cofrades y el espíritu de la Semana Santa Torreña.

Las cofradías son un colectivo de estimar, con una fuerza religiosa en continua sazón, ya que su renovación es constantemente progresiva, hay muchos cofrades que todavía realmente están un poco fuera de órbita y es muy difícil atraerlos durante el año para tantearles su pensamiento al respecto, debido a su considerable número, y al no participar directamente de las inquietudes de una junta directiva, ignora bastante hasta los problemas más o menos grandes de la Cofradía, y no digamos sus deberes religiosos con la misma. La principal misión, pues, es de atracción, y de una manera que vaya calando imperceptiblemente, y con agrado, en un campo abonado de antemano y al cual están dispuestos, siempre con cariño a defender.

Una prueba palpable y física puede tenerse en el mismo día de la procesión; el verdadero milagro de las Cofradías, es que, aún no viéndose ni sabiendo nada de ellos durante todo un año, sin casi contacto alguno, jamás faltan el día de la procesión porque son conscientes de su deber. Seguir velando porque esto sea posible, e intentar aclararles el por qué de su amor y entrega, no ya a la cofradía sino a un determinado "paso", es labor exclusiva de las Cofradías, y poco a poco de la mano de ellas, entonces si que el objetivo religioso, principalmente cuestión de los consiliarios, se habrá logrado.

Cada Domingo de Ramos, conmemoramos la entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén. Esta mañana tan singular, nos inunda de paz y alegría, influenciada por la recién estrenada primavera, que deja sentir sus efectos y nos ofrenda con el dulce olor del azahar que nos viene de la huerta cercana, y de los naranjos que adornan las calles de nuestro pueblo.

Todo está preparado, las calles recién barridas y rociadas; la procesión sale de la ermita de la Cruz, bella y torreña tradición (la cual debemos conservar) que viene repitiéndose año tras año desde

los albores de las procesiones en nuestro pueblo. Todo el barrio está engalanado para recibir a Jesús subido a la borrica; niños y mayores esperan ansiosos la bendición de las palmas y el olivo que simbolizan la victoria y la paz.

Comienza la procesión, encabezada por el tercio romano, recorriendo las calles entre el júbilo de sus gentes que no cesan en sus cánticos de alabanza a Dios, recordando aquel otro domingo en el que el hijo, Jesús, entro en la ciudad santa de Jerusalén acompañado del clamor jubiloso de los judíos, que le acompañaban a todas partes y de los que sabían de sus milagros.

Miércoles de silencio: soledad sonora. Nunca el silencio se hizo tan riguroso y solemne como la noche de miércoles Santo en nuestro pueblo. Desde la iglesia de nuestra Señora de la salceda, partirá la Cofradía del Santísimo Cristo Crucificado con la imagen del Cristo a hombros, flanqueado por cuatro faroles, y el monótono sonido sordo de unos tambores. Los soldados romanos serán escolta y guardias de honor, y al final una devota multitud de personas llevando velas, también en riguroso silencio.

En su corto recorrido, el alumbrado público y el de las casas colindantes, se irán apagando paulatinamente como forma de contribuir a ese silencio negro, se ha parado el paso del Cristo, y un espontáneo aprovecha para entonar una saeta desde un balcón cercano, entre el silencio, oímos un canto religioso en la diáfana claridad de la noche.

Han transcurrido ya 25 años de mi vida desde que entre a formar parte de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús, y ansioso año tras año, he esperado a que llegara la mañana de Viernes Santo. Con ecos de misereare, oleadas de azahar y brisas de primavera, amanece el día pasionario por excelencia para los torreños, atrás quedaron las horas de insomnio, nervios y trabajo incesante, que culminan con la noche trepidante de Jueves santo en la cual se arreglan unos tronos rebosantes de flores para la magna procesión del Calvario. Raro es el año que no hay algún contratiempo de última hora que es solucionado con la máxima rapidez.

Penitentes, mayordomos y portapasos, todos juntos aunando esfuerzos para vivir y representar el sangriento y terrible drama de la pasión de Cristo. Todo está a punto y la rampa ya preparada como prólogo inminente de la salida de la procesión. Todo es un alboroto de portapasos y mayordomos, la calle es un río multicolor de nazarenos y gente que se acerca a ver la salida de los tronos cuajados de flores y gusto exquisito.

¡Ya sale Nuestro Padre Jesús! ¡Ya sale el Divino Nazareno! Comenta la multitud con júbilo. A su paso va arrancado lágrimas de emoción entre sus nazarenos y devotos, y un fugaz escalofrío recorre nuestro cuerpo al contemplar su profunda mirada.

Jesús de Nazaret, cuantas veces te hemos rezado en el silencio y en la soledad, y en esa cita anhelada del primer Viernes de Marzo cuando fuimos a hablarte, a contarte,...

¡Si sabrás tú! No hace falta saber rezar. Basta con verte, arrodillarse ante ti y besar tú pie dolorido. ¡La dolorosa, ya sale la Virgen de los Dolores!, Murmura la gente Ese bello rostro moreno, que esboza la gratitud a su pueblo de Las Torres, que comparte y alivia sus angustias y dolores. Madre de los cristianos, rodeada y perfumada por el azahar de la pureza, ese azahar que en trono nunca te falte. Al llegar la noche del viernes, cambia el concepto y la forma de la procesión, si por la mañana su principal característica viene dada por la comunión que se produce entre los nazarenos y el público asistente a ella, mediante el caramelo, o la popular mona, por la noche la procesión adquiere un aspecto más religioso, de recogimiento y orden interior.

La procesión del Santo Entierro es la última de carácter penitencial que desfila por las calles de nuestro pueblo, toda ella es un magno cortejo fúnebre, acompañando por representaciones eclesiásticas, pasionales y civiles, convirtiéndose en la procesión oficial por antonomasia. Durante su recorrido, se van oyendo comentarios, y a mí particularmente me emociono oír el comentario



que se les hace a los más pequeños, para con una sencilla explicación y un acto de reverencia, vayan comprendiendo, que lo que desfila ante sus asombrados ojos sea el cuerpo de Jesús despistado en el Santo Sepulcro, llevado a hombros por unos anderos que transmiten seriedad ante un público que guarda riguroso silencio.

Por fin y con las fuerzas un poco agotadas, llegamos a la mañana del domingo de Resurrección, pero haciendo un alarde de superación, todas las cofradías salimos a la calle con todo el ímpetu del primer día.

En sus comienzos, esta procesión despertaba poco interés, pero con el empeño de las Cofradías, y el apoyo incondicional de nuestro pueblo, comenzó a tomar auge, y cuyo fruto lo vemos actualmente, siendo una de las procesiones más importantes de la Semana Santa torreña. Sin embargo, añoro la entrañable figura del demonio, que nos deleitaba con sus "diabluras" aterrorizando a pequeños y mayores. Esta alusión del triunfo del bien, encarnada en la figura de Cristo, sobre el mal, y reflejada en la figura del diablo, deberíamos de intentar recuperarla, con el esfuerzo de todos.

Es sumamente bello y emotivo acercarse a primeras horas a la puerta de la iglesia, para presenciar la salida de la procesión, en la que Jesús se encuentra con su Madre. En ese momento cumbre, suena la música, hay suelta de palomas, disparo de cohetes, aplausos, algarabía general, pues Jesús Resucitado se encuentra con María su madre y su discípulo amado Juan. Pero si emotivo es el encuentro, la recogida de cada una de las Cofradías nos hace sentir una auténtica apoteosis final con todo un alarde de bien saber hacer, aderezado de todo un espectáculo pirotécnico que culmina con la entrada triunfal en la iglesia, de la imagen de la Ascensión de Cristo.

Todo este conjunto de bellas y magníficas procesiones, nos muestran la humanidad en torno a Jesús, que desde el pequeño niño que vimos en el pesebre de Belén, hasta el hombre que sepultaremos, resucitará y poco después se elevará a los cielos, se extiende toda una teoría religiosa que seguimos con fe, esperanza y amor. Que esta manifestación seglar y humana, anclada en tradiciones y costumbres de siglos, no se suspenda jamás. Y cuando llegue la hora de sacar las imágenes por las calles del pueblo, el enorme gentío que se agolpa con la devoción debida y la solemnidad que imponen los pasos, guarde silencio para que el discurrir de nazarenos, estandartes, manolas, cera e incienso, sean el gran ritual que se repite año tras año.

Y me gustaría terminar este pregón dedicándolo a todos aquellos nazarenos (mujeres y hombres), que han trabajado y siguen trabajando por sus Cofradías, de una forma abnegada y desinteresada, que a veces produce más molestias que recompensas, pero que han logrado engrandecerlas, haciendo posibles lo que hoy en día son nuestras procesiones, el orgullo de los torreños, y que no decaigan en su lucha por conseguir superarnos año tras año. Y muy especialmente recordar a un buen amigo y gran nazareno, que amaba y vivía la Semana Santa; aunque en cuerpo ya no está entre nosotros, si se encuentra en espíritu, ya que desde el cielo nos sigue apoyando y dando ideas a todas las Cofradías, y en especial a la suya, la Cofradía de Nuestra Señora de la Piedad, a la cual se entregó en cuerpo y alma ya que por sus venas corría esa ilusión y espíritu de superación que supo transmitirnos años tras año, cada vez que llegaba la Semana Santa.

Muchísimas gracias